SALAMANCA, Revista de Estudios, 64, 2020, pp. 229-247
ISSN: 0212-7105

CHARROSIS
Salamanca, una obsesión en mi cine

Gabriel Velázquez

RESUMEN: El artículo ofrece la mirada personal del director sobre su obra cinematográfica en su relación con Salamanca y su provincia. Escrito con un estilo autobiográfico, desvela detalles reveladores de su interés por el cine y del amor confesado por Salamanca, que convierte en marco referencial de sus películas.
PALABRAS CLAVE: cine; Salamanca; directores salmantinos.

ABSTRACT: The article offers the director's personal view of his cinematographic work in its relationship with Salamanca and its province. It is written in an autobiographical style, and it reveals enlightening details of his interest in cinema and of the professed love for Salamanca, which he takes as a framework for his movies.
KEY WORDS: Cinema; Salamanca; Film Directors from Salamanca.

Hace dos veranos estuve unos días en la casa de un amigo en Aix-en-Provence, en el sur de Francia. El 14 de agosto a la 01:00 se apagaron las luces automáticas del jardín. Decidimos irnos a la cama, pero en ese mismo instante cruzó ante nosotros la estrella fugaz más grande y cercana que yo haya visto. Estábamos tres amigos y los tres quedamos convencidos de que vimos su estela y hasta oímos su sinfonía. Algo imposible. Eso nos hizo quedarnos un rato más a hablar sin parar de lo que habíamos sentido. Yo pensé que esa emoción existiría para siempre porque la había compartido. Al día siguiente no paramos de contárselo a los demás por esa necesidad de que tus bellos recuerdos perduren. Creo que si la hubiese visto yo solo, por mucho que se lo hubiese contado a mis amigos, la estrella no habría sido la misma. Quizás, para que algo exista, tienes que contarlo. Algo que solo has visto tú, que solo tú has sentido y no transmites, quedará en una especie de limbo. La belleza, las emociones, tus recuerdos, has de compartirlos si no quieres que se olviden y que mueran en ti.



Gabriel Velázquez.

Eso es en gran parte hacer una película. Crear una emoción para los demás. En una dimensión científica, algo que ha salido de tus recuerdos o hasta de tu imaginación, que quizás nunca haya existido, pasa a convertirse en algo físico y real. Ya sea celuloide metido en una lata, magnético en una cinta, digital en un disco duro o algoritmos en una nube. Eso que hay dentro va a quedar para siempre

y a lo largo de la vida de muchas personas como su propio recuerdo, como una emoción que ellos han vivido. Es algo mágico. De tu ensueño a la realidad de los demás. Y así hasta una posible eternidad.

Hasta yo, que sé cómo hemos rodado escenas con todos los trucos, efectos y montajes que tiene el cine, luego lo veo editado en una pantalla y solo percibo la magia de la película. Se me olvida cómo lo hicimos.

ANTECEDENTES

Hace unos meses recibí la invitación a escribir un artículo hablando a corazón abierto de la relación de mi cine con Salamanca. Aunque soy un poco caótico, voy a intentar hacerlo, siguiendo un orden cronológico.

La primera película en mi vida que me dejó alucinado fue *La guerra de las galaxias*; la vi cuando tenía unos 8 o 9 años, en el cine Salamanca, uno de esos cines de antaño, enormes como las óperas y los teatros. Tuvimos que hacer una cola que doblaba la calle de Zamora y estaba a reventar. Algunos domingos, mi tío Antonio nos estrujaba a todos los primos (seis mínimo) en su Seat 600 y nos llevaba a las matinales del cine Llorente o al Taramona, a ver películas del oeste. No me acuerdo de las películas, pero sí de la emoción. Recuerdo ir con mi madre y mis hermanas a las sesiones dobles y continuas con películas de Tarzán, en el cine España y en el Victoria, antes de que se convirtiese en una sala *S* de películas para adultos. Tiempo después, cuando yo tenía unos 15 años, algunos amigos nos colamos entrando por debajo de la taquilla para hacer unas risas. Pero realmente la primera película que me marcó de verdad fue *Dersu Uzala* (Mejor película en el Festival de Moscú en 1980), en unas novedosas salas pequeñitas que ahora son el *imperio* Van Dyck. Tenía unos 12 años y fui con mi madre. Yo creo que es la primera vez que una película me dejó marcado: por la fuerza sobrehumana y delicada de aquel viejo que subsistía solo en la estepa siberiana. Como cuando escuché por primera vez *Un ramito de violetas* de Cecilia. Yo creo que esos momentos son los que te hacen darte cuenta por primera vez de la nostalgia o la tristeza que lleva implícita la vida.

Como anécdota, he de decir que a partir de los 12 años dejó de interesarme el cine. Mi madre me daba dinero para la entrada y yo me iba directo a los recreativos Salamanca, junto a la plaza de los Bandos, y me pasaba allí toda la tarde jugando a las *Petaco* y al futbolín. Algunos amigos no paraban de hablar de la saga de la *Guerras de las Galaxias* o de Indiana Jones, pero yo en esa etapa era más gamberro y prefería estar en los futbolines y armando en la zona vieja. Eso sí, siempre estaba metido en la farándula; haciendo obras de teatro, grabando vídeos caseros estilo *Benny Hill* o consiguiendo ser el presentador de las fiestas del colegio, que eso sí que era un reto para mí desde que era un niño.

Mi reencuentro con el cine se produjo una noche, cuando tenía ya unos 23 años y estudiaba Empresariales en Salamanca, tras la muerte de mi padre. Llegué a casa un jueves por la noche y estaban poniendo en La 2 *Alas de mariposa* de Juanma Bajo Ulloa, que había ganado recientemente la Concha de Oro en San Sebastián. Me dejó impactado y ese fin de semana alquilé la película en VHS y la vi otras dos veces más. Algo me llegó al corazón y me hizo recordar otra cosa que me había pasado unos años antes cuando estudiaba en Madrid. Un año, tras las Navidades, empezó el curso el 8 de enero. La mayor parte de la gente decidió hacer puente hasta el lunes y no había nadie en las clases ni en el colegio mayor donde yo vivía. Yo sentía una especie de angustia y soledad, y decidí irme solo a dar una vuelta por el centro de Madrid. Mi corazón casi se paró cuando llegué a la plaza de Ópera, donde está ahora el Teatro Real. Entonces era la Escuela de Arte Dramático y el Conservatorio de Música. Entraba y salía gente riendo, disfrazada de personajes de época; unos espadachines peleaban en las grandes escaleras de mármol que presidían la entrada, en el piso de arriba había clases de interpretación y pequeños estudios de donde salía música de trombones, violines o voces de ópera. Aquello sí que me marcó y mi interior cada vez me llamaba más a intentar vivir aquella especie de ensoñación que había sentido.

Y fue cinco años más tarde, en Salamanca, en mayo de 1995, cuando todo empezó a suceder. Yo por aquel entonces editaba una revista, libros, organizaba conciertos y hasta hice junto a Ricardo Iglesias un CD con todos los grupos de *pop-rock* emergentes en Salamanca. Un día me llamó mi amigo Chema de la Peña, con quien años antes coincidía en la Facultad de Económicas de Madrid. Paradójicamente, él iba a rodar un cortometraje en 35 mm en Salamanca. A mí aquello me sonaba a chino. Un economista que iba a hacer cine. Yo me presenté al *casting* y además me ofrecí a ayudar en lo que hiciese falta. No sabía dónde me metía. Había que organizar toda una Semana Santa ya a finales de mayo, y además uno de los pasos se caía y la Virgen quedaba hecha añicos. Vino de Madrid un equipo de unas 20 personas con actores de primera fila, como Álex Angulo (que en paz descanse). Yo lo di todo y la gente quedó maravillada con mi trabajo, que fue más que riguroso. El cine es mágico, pero muy duro. El equipo me animó mucho a intentar hacer algo en el cine porque veían que tenía algo innato y se me iba a dar bien.

El jueves 13 de enero de 1996 hice las maletas y decidí irme a probar suerte en Madrid. Me quedé en casa de unos grandes amigos, también salmantinos. Llevé la producción, junto a Chema de la Peña, de una miniserie de animación de unas ratas de alcantarilla *Pérez y Donato* y trabajé en la discográfica *Running Circle*. Fue un sueño cumplido. Todo caótico, pero glamuroso, con gente *superguay* y encima distribuyendo al sello más de moda del mundo en aquella época, que era *Sub Pop*, con todos los grupos *grunges* como *Nirvana* o *Sonic Youth* y la nueva electrónica que estaba empezando a emerger. Estaba disfrutando en Madrid de la auténtica sensación de libertad.

Y todo esto mientras intentaba entrar en el equipo de la mítica película *Airbag*. Durante seis meses llamé todas las semanas a la directora de producción, hasta

que al final, gracias a mi amiga Nathalie Seseña, logré entrar como meritorio de producción. No lo he pasado a la vez tan mal y tan bien en mi vida. Jornadas de 20 horas, madrugadas desde las 5 de la mañana, caras largas y broncas de mis jefas… Y así tres meses.

Recuerdo un día en la sierra de Madrid. No podía más. Lloré todo lo que quise y estuve a punto de abandonar, pero por otro lado estaba la gente maja y el *glamour* de aquella icónica película. Estaban mis compañeros de producción y las chicas de maquillaje, con quienes no paraba de reírme. Mis directores favoritos de aquella época, como Juanma Bajo Ulloa y Julio Medem (que hacía el *making off*), actores como Pilar y Javier Bardem, Alaska, Manquiña, Karra Elejalde, Alberto San Juan, Guillén Cuervo, Paco Rabal, María de Medeiros, Santiago Segura, etc. Y también Arguiñano, que no paraba de contar chistes y que nos sorprendió a todos una noche cuando sacó para cenar un bocata de merluza a la romana que se había traído de casa.

EMPEZANDO A CALENTAR LA VOZ

Ese mismo verano de 1996 solicité una ayuda a la Junta de Castilla y León con Chema de la Peña como productor. Nos la concedieron y no tuve más remedio que hacer el cortometraje *En Madison siempre es lunes*. Ese cortometraje marcaría el comienzo de la esencia de mi cine. Dos personajes y una localización. Aunque se rodó en Madrid, estaba ambientado en Salamanca y sus puentes, mediante retro-proyecciones. Lo rodamos solo en un día y pico, en medio de una fuerte lluvia que casi nos hace suspender el rodaje. Entre otros premios, recibió el Luis Buñuel de Cinematografía. Ahí empezaría mi carrera como cineasta. Luego hice varios cortos más. Estaban rodados en Madrid, pero siempre los situaba en Salamanca. Estaba buscando mi voz y comprendiendo que hacer una buena comedia es muy difícil.

Mientras tanto, trabajaba en las películas de amigos como Santi Lorenzo, Roberto Lázaro o mi maestro Chema de la Peña. Su primera película, producida por Colomo, *Shacky Carmine*, está basada en la vida real de unos amigos músicos de Salamanca que deciden ir a buscarse la vida a Madrid. Por supuesto, estuvimos rodando en la noche salmantina.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

En el año 2.000, Chema y yo decidimos unir nuestras energías. Creamos juntos una productora para hacer publicidad y producir largometrajes.

Mientras estábamos buscando la financiación para un largometraje documental, una noche de finales de verano, pasé varios días enfermo con fiebre. Una noche soñé con una historia de niños en la guerra. Acababa de leer *Atrapad la vida* de

Tarkoski y parece que eso es bueno… Era algo difuso y abstracto, pero me atrapó la idea. El guion era muy sencillo. Unos niños de múltiples países hacían juntos un campo de fútbol. Cuando empezaban a jugar, el balón se les colaba en un camión que pasaba y todos los niños iban detrás de él. Conseguimos un *casting* y una atmósfera genial, en una localización mágica.

Fue el primer corto en el que hice algo que me salía del corazón, sin preocuparme por los detalles técnicos, y sí por mi intuición. El cortometraje tuvo muchísimo éxito y ganó muchos premios en todo el mundo. De hecho, hoy lo siguen programando en aulas nacionales para niños. El caso es que me dio muchísima confianza en mí mismo y así se la transmití a nuestra generación de cineastas, que por aquel entonces batallábamos en los festivales de cortometrajes.

EL MAESTRO PATINO

Chema como director y yo como productor decidimos hacer el largometraje documental *De Salamanca a ninguna parte*.

A partir de las *Conversaciones de Salamanca* de 1955, narra los comienzos de una generación de cineastas que cambió nuestro cine. Se le denominó el *Nuevo Cine Español* y venía a ser como nuestro neorrealismo, pero en una dictadura. De ahí surgieron Camus, Borau, Saura, Picazo, Summers… y Basilio Martín Patino. Ellos empezaron a contar cosas diferentes; cotidianas y reales. Salvaban la censura e hicieron internacional nuestro cine en festivales de todo el mundo.

Hacer ese documental confirmó mi percepción del cine. Basilio era y será pura modernidad, por su estilo único y personal, por su temática alejada de las modas y, en definitiva, por su ingenio. Además, rodaba mucho en Salamanca y su provincia, puesto que de ahí le venían muchas de sus inquietudes y también decepciones. En ese momento confirmé que quería encontrar mi propia voz, sentir qué es lo que quería contar. Mis emociones más profundas, pegadas a mi infancia y adolescencia, y a mi forma de ser como persona.

Y todo eso parte de mi tierra, Salamanca, donde han surgido todos mis grandes recuerdos desde que nací. Desde entonces, todas las películas que he hecho han tenido que ver con Salamanca y su provincia.

UN PEQUEÑO FRACASO. UN GRAN DESCUBRIMIENTO

Mi primera incursión con un corto a tope en Salamanca me salió un tanto *rana*. *Charrosis* es un pequeño corto de humor en homenaje a nuestro querido Mariquelo, Ángel Rufino. Aunque el resultado final no tuviese mucho recorrido, sí que en este experimento se sentaron muchas de las bases de mi amor por el cine

hecho con corazón en Salamanca. Y lo quiero resaltar. Un tropiezo, que en mi subconsciente me hizo avanzar. Así lo he sentido al cabo de los años. En el corto queda reflejada la dura subida hasta la veleta de la catedral de nuestro protagonista, y sobre todo quedan retratados momentos cotidianos de la vida nuestra ciudad. Para esto, colocamos tres cámaras tras una ventana de la Plaza Mayor y durante 24 horas rodamos toda su vida, que es alucinante. Desde que amanece hasta que anochece está llena de sustancia; es nuestro corazón. Una cámara recogía en gran angular una vista general, otra se centraba en las riadas de gentes que van y vienen por el arco de la calle de Toro y la otra cámara se centraba en el reloj de la fachada del Ayuntamiento. El montaje de esa secuencia sí que quedó redondo.



Charrosis.

Dejó mucho poso en mí el hecho de rodar muchas secuencias en sitios tan emblemáticos como el Helmántico, la plaza de toros, la catedral, la plaza de Anaya, el puente del tren sobre el Tormes, la dura subida del Mariquelo, la música charra… Todo aquello no cayó en saco roto e inconscientemente dejó mucho poso en mí para mis siguientes películas. El origen de todo esto fue la obligación de hacer una pequeña comedia, ya que tenía que presentarlo al Festival de Comedia de Peñíscola, al haber ganado el año anterior. Por un lado, necesitaba hacer comedia, pero por otro mi Salamanca ya me llamaba. Intenté hacer un híbrido, sin mucha fortuna. Pero ahí me agarré a una versión de la célebre frase del premio Nobel Samuel Beckett: «Fracasa otra vez, fracasa cada vez mejor».

EL GRAN SALTO

Sud Express, película codirigida con Chema de la Peña, cuenta seis historias que se cruzan en la línea de tren que va desde Lisboa hasta París y está basada en las historias de los migrantes castellanos y portugueses que se iban a Francia a la vendimia.



Sud Express.

Dos de las historias están narradas en la provincia de Salamanca. Más en concreto, en Gomecello y en Rodasviejas.

En las dos historias, los protagonistas son nuestra tierra y el carácter especial de los personajes que decidimos elegir. Un tanto cerrados, poco comunicativos y a veces ariscos. O sea: charros.

Pero es que estar solo en el campo a siete grados bajo cero, con la niebla comiéndote los huesos y con problemas que corroen por dentro, no invitaba a que los personajes fueran cantando y bailando. Con esta película, descubrí la frescura y la improvisación. La importancia de unas buenas localizaciones y encontrar personajes de verdad, que transmitan tan solo con su mirada. En esta película nos despojamos del guion tradicional. Tan solo llevábamos pequeños argumentos de las historias y los diálogos se iban improvisando.

Los personajes de la calle tenían que ir de un punto a otro del argumento, de la manera que mejor creyeran. A veces se ensayaba y otras directamente se grababa. Así, hicimos una película épica, a lo largo de tres países, en seis idiomas

y con más de setenta actores, que muchas veces habíamos encontrado minutos antes de rodar.



Los directores Chema de la Peña (derecha) y Gabriel Velázquez durante el rodaje de Sud Express *en Bayona (Francia).*

La cinta fue un éxito internacional y a mí me dio muchísima confianza y *saber hacer*. Lo que en principio iba a ser un documental de entrevistas al uso, se convirtió en una película con una especial voz propia, hecha con frescura.

SOLO ANTE EL PELIGRO

Mi siguiente película, *Amateurs*, fue mi verdadero salto al vacío. Esta vez producía y dirigía yo solo. Aunque tenía mucha fe en mí mismo, estaba muy presente el miedo al fracaso, ahora que estaba yo solo. Me costó mucho conseguir la financiación, pero al final pude armar el proyecto y salí victorioso. Quería rodar en Marsella a toda costa. Nunca había estado allí, pero había visto películas de Belmondo y *French Connection* y me había quedado prendado de la ciudad. El embrujo que tiene el cine.



Amateurs.

Aunque la película parte de Francia, también llega a Salamanca. Una niña de 16 años ve morir a su madre bajo dos toneladas de pescado en el puerto de Marsella y decide escapar del centro de acogida para buscar en España a su posible padre. Uno de los protagonistas, charro a muerte, quiere que su mujer venga a dar a luz a Salamanca desde Vallecas. Sus mellizos se llaman Vega y Mateo en honor a los patronos de las fiestas de la ciudad. También sale retratado el campo charro, pero sobre todo hay una secuencia muy bonita rodada desde el Parador de Turismo, haciendo como si fuese el Ambulatorio (Hospital Virgen de la Vega) y desde donde se ve preciosa la catedral, iluminada en una maravillosa noche fría de otoño.

VUELTA AL RÍO TORMES

Iceberg es una verdadera vuelta a mi adolescencia y a mi niñez pura y dura. La película narra tres historias de invierno que se entrecruzan en el río Tormes.

Está basada en mis recuerdos en torno al río. La película está totalmente rodada en Salamanca, excepto un plano desde un coche en la zona de Valdemorillo, en Madrid, que se asemeja mucho al campo charro. Es una película casi autobiográfica, en la que se mezclan emociones, recuerdos y atmósferas que me venían a la cabeza.



Iceberg.

Durante meses estuve recorriendo y redescubriendo todos los rincones del río Tormes y de ahí me surgían anécdotas, recuerdos puros y duros, y también salían nuevas ideas. El título quizás esté inspirado en las fotos de mi abuela, cuando el río Tormes se *candaba* (se helaba totalmente, de orilla a orilla, en invierno) y la gente iba a patinar sobre el hielo.

Me vienen a la memoria recuerdos de los domingos, cuando la gente iba a lavar el coche al río y luego se quedaba a comer. Sitios como *La Ponderosa*, donde la gente iba a merendar. La ilusión de cuando iba con las sillas plegables, la nevera con los hielos, el vino, la gaseosa y la ensaladilla.

Luego, al atardecer, íbamos a cazar grillos. Metíamos una paja en su escondrijo hasta que el grillo se agarraba y salía tan campante. No quise dejar de retratar las barcas y su caseta, que hacía de casa de los chavales protagonistas, como si se tratase de *Tom Sawyer*. Y el puente de hierro, la zona de La Aldehuela y La Flecha.

Recuerdo que el otoño de 2011 fue de los más húmedos de la historia. Y yo, tan feliz. Me encanta la lluvia. No paraba de llover y todo estaba verde y bonito. Pero justo cuando íbamos a empezar el rodaje, abrieron las compuertas del embalse de Santa Teresa y todo lo que habíamos planificado quedó anegado y feo. No valía nada el trabajo de varios meses.

Retrasamos el rodaje y nos pusimos como locos a buscar nuevas localizaciones. Aunque, al final, no hicieron falta. Al cabo de una semana, el agua volvió a su cauce y los paisajes quedaron aún más especiales que al principio porque el agua hacía que todo estuviese encharcado y con un aspecto más salvaje.

La gran anécdota de esta película fue una mañana en la que Manuel García (mi ayudante) y yo, estábamos localizando por La Flecha. Llovía a chaparrón, mientras nos acercábamos a una piscifactoría abandonada, de donde salía un sonido casi celestial. Era como estar viviendo una banda sonora en vivo y en directo. Cuando al fin entramos a una nave abandonada, encontramos un señor de unos 50 años, vestido de charro, haciendo sonar su flauta y su tamboril. Decía que le encantaba la reverberación del sonido de sus instrumentos con las aguas que hacían grandes remolinos bajo sus pies. El eco de ese sonido con las paredes le hacía estar en el cielo. Y así era: casi mágico.

En ese momento comenzó mi verdadero idilio con la música charra. De hecho, la banda sonora final está hecha a base de sonidos charros que me compuso mi amigo Pablo Crespo. Y es que la música de esta película tiene su historia aparte.

El montaje daba para hacer lo que se quisiese, pero en vez de ayudarme, me confundió mucho y estuve montando más de un año porque no sabía qué estilo seguir. De hecho, hice dos montajes alternativos, que están en los extras del DVD. Al principio quería algo comercial y le pedí a mi amigo Pablo (salmantino, cómo no) que me compusiese música pop. Ese montaje de primavera-verano, no me convencía con tanta música.

En otoño, le pedí que me compusiera algo más tristón y melancólico, pero aun así la película no funcionaba como yo quería. En Navidades decidí pararlo todo y reposar. A la vuelta, empecé de cero el montaje, buscando la esencia más que la belleza y la música. De hecho, se montó sin música y casi no hay diálogo en todo el metraje. Pero mi corazoncito charro ya estaba tocado y al final decidí incorporar música ancestral charra.

Utilicé el sonido de un zumbador que me confeccioné, inspirado en las enseñanzas de Eusebio Mayalde, del que más tarde hablaré. El zumbador o ahuyenta lobos es un trozo de madera rectangular y plano, atado a una cuerda de las que se utilizan en las obras para las plomadas. Si la haces girar como si fuese una hélice, produce un sonido extraño que te absorbe y te asusta a la vez. Ese sonido lo introduje en varios pasajes de la película, como si fuese una especie de viento y funcionaba muy bien. Pero como colofón, se me ocurrió hacer una locura para que mi amigo Pablo no se quedase sin poner algo de música. En dos secuencias rodadas a cámara lenta, de estilo casi publicitario, decidí meter una charrada. Para ello le mandé hacer a un artesano de Aldeatejada una serie de instrumentos: pandero cuadrado, flauta, tamboril, zumbador, etc. Aquello lo empaqueté en una caja de más de un metro de alta y lo mandé a México DF donde estaba viviendo Pablo por aquel entonces.

Desde allí me compuso algunos sonidos y una charrada. Junto a una canción popular que titulé «Las ranas de la India» y el zumbador, en conjunto, son la banda sonora musical. Como curiosidad, muchos de los ambientes musicales que entonces compuso Pablo con esos instrumentos, los acabo de utilizar como música ambiental y atmosférica en mi última película, *Zaniki*, de la que hablaré más adelante.

EL ENCUENTRO DE LA SENCILLEZ

Tras el rodaje de *Iceberg*, y sobre todo tras su largo montaje, quedé agotado y vacío. Sin ganas de hacer otra película y sin ideas siquiera. Pero en Rotterdam vi de nuevo la luz.

Tras el paso por el Festival de Gijón y obtener un premio, fui con Manuel García a disfrutar del festival más arriesgado del mundo, donde la gente presenta películas personales, experimentales, hechas con dos duros, con riesgo cinematográfico y totalmente diferentes a lo que estás acostumbrado a ver. Fue allí donde de la noche a la mañana le dije a Manuel que ya teníamos otra película. Una de las historias de *Iceberg* transcurría en el viejo embarcadero bajo el puente Eiffel. Allí malvivían escondidos dos jóvenes feriantes de 17 años, que escapaban de la realidad de sus vidas.

En *Ártico* decidimos meternos por completo en sus vidas y descubrir, dos años más tarde, qué había sido de esos chicos y desvelar sus miedos. Jota y Simón ahora tienen 20 años y son mayores de edad. La vida de Jota sigue solitaria en el embarcadero. Su madre está en la cárcel y a su padre nunca le conoció. Se siente muy solo y lo que más desea en esta vida es poder tener un hijo. Su novia Debi, con tan solo 16 años, ha quedado embarazada y Jota decide ocupar una casa de campo junto al río Tormes para crear su nido. Mientras tanto, su amigo Simón ya tiene un hijo desde los 16 años y vive en el barrio de Los Alambres con su mujer y su familia de feriantes, que está llena de vida pero con demasiadas responsabilidades. Cada uno desea lo que tiene el otro.



Ártico.

Y así transcurren sus días por la bella Salamanca y sus alrededores; buscándose la vida, robando y vendiendo droga. La clave de esta película fue encontrar el extraño equilibrio entre la forma y el fondo. Una película de quinquis con los problemas sociales de hoy en día, pero contada a base de encuadres amplios y reposados, como si fuesen preciosos cuadros. De hecho, estuvimos estudiando a varios pintores. Nos fijábamos en cualquier cuadro que contuviese una historia en sí mismo. Una historia cotidiana.

Viendo un cuadro de Hopper, por ejemplo, además de ver un decorado y un personaje, te imaginas qué ha pasado antes de ese instante, o qué va a pasar. Puedes percibir toda la vida de ese personaje y cómo ha llegado a ese lugar.

Con ese concepto, decidimos hacer encuadres llenos de belleza, en los que sucede algo casi siempre horrible o al menos nada bonito. Otra vez la familia como eje de la película.

Salamanca queda retratada de manera preciosa, con perspectivas nunca vistas y que a veces sugieren Japón o una ciudad industrial. Otras veces, simplemente contemplamos la belleza de sus piedras centenarias y otras más, sus paisajes milenarios con la encina como elemento protagonista. Y como siempre, el río Tormes. En una de las escenas más bonitas, aparece Eusebio Mayalde como tratante de caballos y les cuenta a los protagonistas un pequeño cuento que remata cantando unas *panaderas*. Un ritmo hecho con unas manos que golpean una mesa de madera. La película fue premiada en el Festival de Berlín y esta fue de las secuencias que más gustaron.

POR LAS MONTAÑAS

Análisis de sangre azul es una película de ficción, al estilo de lo que se denomina falso documental. La dirigimos Blanca Torres y yo; está rodada con la cámara de Súper-8 que le regalaron a Blanca por su boda. Además de Súper-8, es B/N y muda. Arriesgada a tope. Está principalmente rodada en los Pirineos aragoneses. Pero como siempre, yo quería que apareciese Salamanca. Rodamos en la zona de Ledesma varias escenas con uno de los personajes protagonistas; un doctor en psiquiatría experimenta con insectos y plantas, como luego hará con sus pacientes. Casualmente ese personaje lo interpreto yo mismo. Me preparé mucho el personaje viendo documentales americanos de psiquiatría de los años 30 y 40 para imitar los gestos y sobre todo para tener seguridad con los pacientes, que por cierto eran enfermos mentales de verdad. Fue muy divertido porque gran parte del equipo interpretaba a algún personaje. Pero el indiscutible encantamiento surgió en la Filmoteca de Castilla y León. Allí, buscando archivos en Súper-8 del siglo pasado para enriquecer la historia, encontramos un material impresionante de películas caseras que había depositado la familia del doctor bejarano Luis Cabrera. Tenía Grabadas Varias Películas Familiares En Súper-8 Desde Los Años 40. Eran Películas

rodadas en la sierra de Béjar y trataban sobre plantas, insectos, animales salvajes, las estaciones del año y la naturaleza. Fue un auténtico precursor del estilo de Félix Rodríguez de la Fuente. Además de grabar las escenas, luego él las locutaba, les ponía música y las montaba. El material encontrado era un tesoro y Maite Conesa me puso en contacto con las actuales propietarias, las hijas del doctor Cabrera, que cedieron encantadas el material. Así pues, introdujimos este nuevo metraje del doctor Cabrera y lo envolvimos con el material de nuestra película para hacer un verdadero juego de espejos de cine dentro del cine.



Gabriel Velázquez haciendo de científico en Análisis de sangre azul.



Análisis de sangre azul.

EL SUEÑO AMERICANO

Subterranean está codirigido con el también salmantino Manuel García. El grueso del filme lo rodamos en diciembre de 2014 en la ciudad de Los Ángeles (EE.UU.). Aún queda por rematarlo. Cuenta las aventuras y desventuras de dos salmantinos, Pablo y su novia Marieta. Hace 10 años decidieron dejar el roquero barrio de Malasaña y sus trabajos fijos en edificios de alto *standing* a cambio de una furgoneta, mientras recorrían la frontera entre México y EE.UU., escondiéndose de la policía. Ahora son inmigrantes ilegales en la ciudad de Los Ángeles, pero son felices haciendo su música. Intentan alcanzar su sueño americano; ser estrellas del *rock*. Pablo es amigo mío de toda la vida. Su padre era el director del Banco de España en Salamanca y su futuro parecía claro. Estudió Económicas y trabajó más de diez años en Bankinter. Pero su pasión desde pequeño era la música. Con 13 años ya tenía una colección de más de cien discos, casi todo música inglesa de los 80 y alguna de los 70 que habían traído de Londres sus hermanos mayores, que le superaban en más de 10 años. Hasta se construyó una batería con botes de detergente Colón. Jugábamos a que le podíamos poner cualquier tema de cualquier

disco durante 3 segundos y adivinaba la canción y hasta la cara y el corte del vinilo. Llevaba la música en la sangre y su obsesión era ser roquero. Cuando a finales de los años 90 vivía en Madrid con su novia, lo único que deseaba era salir del trabajo para quitarse la corbata y enchufarse la guitarra eléctrica para empezar a componer y sentirse libre. Eso le llevó a tomar esa gran decisión de dejarlo todo para cruzar el charco e intentar convertirse en un *rockero angelino*. Y lo bonito es que Marieta también dejó su trabajo en IFEMA y le siguió a muerte. Juntos formaron el grupo *L.A. Drones (Ladrones)*.

Entre las cosas que más me han gustado se encuentra la de recuperar material grabado hace más de 25 años con mi primera cámara de vídeo, en cintas v8. Revisando en los armarios, encontré grabaciones de conciertos y ensayos de las primeras bandas *amateurs* con las que empezó a tocar Pablo. Salamanca, Cabrerizos, Los Villares, Ledesma, Sanabria o Madrid son los escenarios de estos documentos recuperados, para mí milagrosos, y que se convertirán en parte importante del metraje. En los próximos meses terminaremos la posproducción para poder estrenarla. Es una película bastante gamberra, pero tiene mucha miga. Lo que a mí me conmueve de esta historia es el amor que se profesan. Ese es el motor de esta historia.

ZANIKI

Llegamos a mi última película: *Zaniki*. Es una película de ficción rodada íntegramente en la provincia de Salamanca. Trata sobre los valores musicales y culturales más atávicos de nuestra tierra y la obligación de transmitirlos de generación en generación. Esta película la quería hacer desde que conocí a Eusebio Mayalde, hace unos siete años. Aunque antes de llegar a conocerle, mi intuición y mi gusanillo ya estaban buscando su alma. Como he comentado al hablar de la película *Iceberg*, aquel encuentro casi mágico con la lluvia y la música charra venida del cielo, hizo que me interesase mucho por los orígenes de nuestra música, así que un día me planté en el Instituto de las Identidades de la Diputación de Salamanca y solicité escuchar las músicas más antiguas que tuviesen. Mientras yo escuchaba la música, se acercó a mí Paco Blanco, el director del IDES. La sorpresa fue grata y mutua. Yo le conocía de años atrás porque en *Sud Express* nos dejó una escopeta de caza para rodar una secuencia en Rodasviejas. Me asesoró y empecé a escuchar canciones que estuve escuchando durante meses en el coche, en Madrid y en Salamanca. Entre esas maravillas estaban mis favoritas, como el tío Frejón que canta *a capella* como los ángeles y las señoras de Peñaparda, que parece que levitan mientras cantan con sus gritos ancestrales que parecen venidos de África. Paco me vio tan seducido que decidió presentarme a alguien que él creía que me iba a emocionar. Al cabo de los días quedamos otra vez en su despacho. Yo quiero recordar que a través de la ventana vi llegar una moto muy antigua, estilo a las Sanglas que llevaba la Guardia Civil hace 40 años. Salimos fuera a recibirle. Desde el primer minuto que le vi, me quedé prendado de su imagen y su halo.

Traía un casco y unas gafas como los aviadores de la Primera Guerra Mundial y venía vestido con una cazadora de cuero y unos pantalones de pana metidos en unos botos camperos. Bajó de la moto y se encendió un cigarro embutido en una especie de pipa hecha de hueso de liebre. Aquel personaje era Eusebio Mayalde. Esa misma tarde quedé con Manuel García y fuimos a su casa en Aldeatejada. Allí nos enseñó las *panaderas*, el zumbador, las sartenes, las cucharas… Todo un mundo que yo entonces desconocía y que me dejó perplejo. Esa música tan ancestral y básica. La había ido recuperando a lo largo de varias décadas de todos nuestros viejos, a lo largo de toda la provincia de Salamanca. Cuando salí de su casa, ya tenía en mente rodar una película sobre él y toda la magia que desprende. Quería dejar un documento fílmico de la existencia de ese hombre y sus circunstancias porque creía que la memoria de Salamanca lo necesitaba, pero también como una ofrenda para él y su familia y, por supuesto, como un orgullo para mí mismo.



Zaniki.

La película, basada totalmente en la realidad, cuenta el momento en el que Eusebio, como los chamanes, decide que ha llegado el momento de ceder el testigo y de transmitir sus saberes a su nieto Beltrán, de ocho años. Decide llevárselo unos días al monte y enseñarle todo lo que sus antepasados le enseñaron a él. Durante este viaje iniciático por la provincia de Salamanca, Eusebio comienza a llamarle Zaniki. Por instinto. Nacido como el recuerdo de una onomatopeya. Porque de bebé lloraba con la «i». Para mí es como el pequeño halo que desprende el muchacho. Y así se ha quedado el título, como la particularidad del nacimiento de un nuevo trovador de nuestra tierra. Es música tradicional en estado puro, porque es

la esencia de esta película; recoger nuestras tradiciones musicales y culturales, y contárselas a los demás para que no se nos olvide de dónde venimos. Esta película es el fruto de mi amor por Salamanca, por las ganas de contar todo lo que siento y lo que he aprendido.

Yo siempre ruedo las películas entre el otoño y el invierno porque es cuando me gustan los colores de los paisajes y sobre todo la luz. El sol solamente hace una pequeña curva y casi siempre está en horizontal, difuminando el paisaje. En una jornada puedes rodar el amanecer y también el atardecer y además utilizar algunas horas de la noche. Y si llueve o está nublado, me encanta la luz plomiza que cae del cielo. En *Zaniki* rodamos a finales de noviembre de 2017. Yo creía que todo iba a estar verde y que sería una película de invierno y muy húmeda, pero no llovió nada y el campo estaba seco. Así que tuvimos que darle la vuelta y aprovechar los colores marrones de los paisajes y rodar los campos de labranza casi rojizos. Cuando empezamos la postproducción, vimos que con esos colores también quedaba bonito y que un buen título para la película también hubiese sido *Tierra*. En principio yo la quería verdosa por los paisajes y azulada por el frío y el cielo nublado. Pero al final ha quedado de color tierra y rojizo terciopelo, a veces como si fuese un *western*. Además, la magia de las nieblas matinales nos ha dejado secuencias mágicas que nos envuelven con su manto blanquecino translúcido. Transmiten el frío que pasamos, rodando a siete grados bajo cero. Estoy más que contento con el resultado, tanto estético como temático. Canciones tradicionales, golpes de sartén, niños, piedras, maderas, vientos con un gran personaje de tierra, aire, agua y fuego. Ahora ya solo hace falta que se vea por todo el mundo.

LA FILMOTECA

La historia de mi cine está muy ligada a la figura de mi queridísimo Juan Antonio Pérez Millán, a cuya memoria dedico mi última película, *Zaniki*. Fue el coordinador de la Filmoteca de Castilla y León desde su creación en 1990 hasta que se jubiló en el año 2013. Hoy en día está maravillosamente coordinada por Maite Conesa. Como he comentado, mi interés por el cine no se produjo hasta el año 1994 más o menos. Entonces sí que empecé a visitar la Filmoteca y a visionar películas en las cabinas. Pero fue en 1995 cuando de verdad me acerqué más y empecé a conocer a Juan Antonio, debido a que organicé un taller de cine en torno a un festival de cine inédito que hubo unos años en Salamanca. Él fue uno de los profesores, con sus legendarias clases de cine publicitario. Además, con la producción del corto *Lourdes de segunda mano*, estuve visitándole durante varios meses para pedirle asesoramiento y ayuda y poco a poco nos fuimos conociendo. En el año 1996, cuando hice mi corto *En Madison siempre es lunes*, se quedó prendado y desde entonces no paró de ser mi gurú, asesorándome en los guiones, en los montajes, en los planteamientos. En todo. Coincidimos en las muestras que organizaba la Filmoteca y en distintos eventos cinematográficos. Nos fuimos conociendo más y

más, hasta que ya empezábamos a hablar de la vida. De nuestras emociones. Casi siempre, en vez de subir a verle al despacho quedábamos en el bar Baviera para tomar un vino blanco. Tras su jubilación yo me pasaba por la cafetería junto a su casa y charlábamos de todo. Yo le quería, y le echo mucho de menos.

En definitiva, mi historia con Salamanca es una relación de amor que espero que dure toda mi vida. Es la tierra que me ha visto crecer y donde he tenido la mayoría de mis experiencias, tanto buenas como malas. Es donde tengo a mis amigos y a mi familia.

Y así va pasando el tiempo. En este plan.